«¿Por qué me mataste ayer Rosita? ¿No comprendías que mi alma no podía tolerar *que tú me amases más que yo*?»

Y nunca más volví a ver a aquel hombre, por más que lo intenté.

Yo soy un alma sencilla, Pedrito mío, y no puedo comprender las lucubraciones de un espíritu complicado. Tú, que tanto leíste y estudiaste y escribiste y observaste en la vida, dime, Pedrito: ¿Por qué me abandonó Pablo? ¿Por qué en el cielo luminoso de nuestro gran amor surgieron las nubes y llenaron mi alma de desolación?






# LAS CONFIDENCIAS DE NELLY

La Novela Sugestiva

# LAS CONFIDENCIAS DE NELLY

por

ALONSO DE SANTILLANA

Ilustraciones de
M. RAMOS

2

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



o vi por primera vez la luz del día en el año de gracia de... Ya iba a decir una tontería. Mi padre era cochero de punto, y mi madre había nacido en Auvergnia. No es ninguna deshonra. Lejos de eso. Yo nací en el coche de mi padre, una tarde que llevaba a mamá a casa.

Eso me ha dado ideas de grandeza. Más tarde yo también he querido tener mi carruaje. Y lo tuve el día que cumplí los veinticinco años. A esta edad tenía lograda una posición envidiable. Pero no nos anticipemos.

Dejadme crecer en paz en la calle Taffasit, donde vivían mis padres.

Mis dientes de leche, mi sarampión, mi escarlatina, todo eso no os interesa ciertamente. Pasemos sobre ello.

Los chicos de la escuela me llamaban «Sopitas».

Mi madre era buena cocinera, y sabía confeccionar comidas copiosas.

Y mi padre, antes de ponerse su holapanda se llenaba el vientre. En invierno hace poco calor sobre el pescante, expuesto a todos los vientos y a las intemperies de una estación rigurosa. Es preciso tener el estómago lleno para resistir.

En nuestra casa se comía bien. Puede ser que mis padres quisieran hacer de mí otro cochero. Así, desde mi más tierna infancia, me había habituado a hacer lo que ellos, y como yo era glotona, no reculé nunca delante de un buen plato. Esto hacía, sin duda, que me encontrara gruesa y fuerte y justificara el nombre de «Sopitas» que me habían puesto mis compañeros de juegos y de estudios.

Pero como yo era de buena pasta, no me ofendía. Entonces no pensaba más que en jugar.

Llegué a obtener a los trece años el certificado de estudios primarios. Mis padres se asombraron con mi éxito.

—Irás aún a clase uno o dos años, para perfeccionar tu instrucción—dijo mi padre—. Tienes disposiciones para el estudio, que hay que aprovechar. Haremos de ti una empleada, que es buen oficio.

—Sí. Aprenderás la estenografía—dijo mi madre—, y podrás ir lejos.

No me desagradaba aquello de ir a clase ahora que los chicos me abrazaban y me besaban a traición en la nuca. Yo me debatía débilmente, así es que los hacía más agresivos.



Oía a mi paso palabras halagadoras:

—¡Oh, esa chiquilla promete!

—Está bien esta chica—decía uno de ellos—. Una de estas noches habrá que llevarla a las fortificaciones. Nos la jugaremos al «zansi», y quien la gane será su hombre.

Me echaba la mano encima y miraba a los otros con aire de perdonavidas.

Yo huía roja de confusión y de deseos imprecisos. Entraba en casa de mis padres turbada siempre, aunque no inquieta por mi destino. Me guardaba muy bien de contar mis encuentros, guardando para mí mis impresiones.

Una noche papá, que había hecho una buena jornada, en lugar de ir a la salida de los espectáculos, como tenía por costumbre, leía el diario y fumaba su pipa.

—¡Hombre!—dijo de pronto—. Aquí tenemos lo que conviene a la pequeña. Escucha: «Se desea steno-dactilo principiante. Presentarse: Taitbout, 103. C. T. I.» ¿Qué te parece?

—Podemos ir a verlo. Cornelia es bastante prudente.

—¿Y tú, Cornelia, qué dices?

—Bien—respondí levantando la nariz de los libros.

—Tú eres una buena chica. Tu madre te llevará mañana a ver a esos señores. Es, sin duda, una buena plaza. Procura agradarles.

—Sí, papá.

Con la alegría de ir a trabajar no pude pegar ojo en toda la noche. En el fondo estaba un poco intimidada. La vida para una escolar es un misterio que ansía conocer.

Nuestro fin de vida, ¿no es el de seducir?

Que protesten las vírgenes frías y estériles. Yo no cambiaría mi vida por la vuestra. Puedo gritar muy alto que he vencido. He sido amada, adulada, y otra cosa aún que no puedo decir aquí. Desde mi tierna edad sentí palpitar en mí deseos que no comprendo todavía.

Tengo el espíritu sano y lúcido. Mi carne está libre de granos y de eczemas.

Sí, compadezco a las muchachas que no han palpitado en brazos robustos y que no saben lo que es gemir por un hombre caprichoso de sus encantos y de su belleza.

Aquella mañana me levanté sin que me lo rogasen.

—¡Cornelia!—había gritado mi madre—. Vístete, que vamos a ir a ver a esos señores de la calle Taitbout.

No me encontraba en la misma situación de ánimo que el día anterior. La perspectiva de conocer nuevas caras me desagradaba. Y además, ¿no les parecería ridícula a aquellos señores, acostumbrados a hablar a las mujeres? ¿Sabría agradarles?

Así en mi alcoba, grande como un pañuelo de bolsillo, no terminaba de vestirme. ¿Qué ropa interior me pondría? ¡Como si aquellos señores fue-



sen a desnudarme en el curso del examen! Me puse un pantaloncito rosa que me iba muy bien.

No os daré más detalles sobre mi *toilette*. Sé, sin embargo, que a los hombres les gusta eso. Se interesan por el color de nuestras ligas; quieren conocer la calidad de nuestros tisires, o bien saber si llevamos o no pantalón. Desean saber estas cosas y profundizar en los misterios. Los hombres son un poco sucios.

Aquel día, acompañada de mi mamá, fuí introducida en un vasto despacho, lleno de rojas tapicerías.

Me pareció lujoso, y quedé intimidada.

—Parece gentil esta pequeña—dijo el señor Lupin cogiéndome el mentón—. ¿Usted quiere debutar en nuestra casa? Veamos, ¿qué sabe hacer?

—Señor—respondió mi madre—, sabe mucho. Sus profesores están maravillados. Usted verá cómo le presta buenos servicios.

—Eso es lo que hace falta—dijo él acariciándome de nuevo la barbilla—. ¿Ha trabajado usted en algún sitio?

—No, señor.

—Se trata de una verdadera principiante. Me agrada. La tomaré, como ensayo, durante ocho días. Si nos satisfacen sus servicios, la daremos treinta francos al mes. ¿Le place?

—Sí, señor.

—Bueno. Las horas de entrada son las ocho y

media y las dos. Las de salida, las doce y las seis y media. ¿Cómo se llama usted?

—Cornelia.

—Su nombre no resulta demasiado encantador. Aquí la llamaremos Nelly.

Después, dirigiéndose a mi madre :

—Estamos de acuerdo, ¿no es así?—la dijo.

—Sí, señor—le respondió ella con lágrimas en los ojos—. Espero que quede usted satisfecho. Pero le ruego que la trate bien, porque es muy tímida.

—No tema nada, señora. Aquí somos todos hombres galantes y sabemos hablar a las mujeres en lenguaje conveniente. Señora, hasta la vista.

Y con un gesto noble puso a mi madre en la puerta.

Quedé sola con el señor Lupin en el centro de su gran despacho.

—Va a ser preciso trabajar. Aquí el trabajo no falta. Así es que habrá que ser valiente. La voy a presentar a la señorita Germaine, que es quien le ha de enseñar lo que ha de hacer. Venga conmigo.

Por el camino, me dijo :

—Apuesto, Nelly, a que tiene usted algún enamorado.

—No, señor—le respondí.

Habíamos llegado a la extremidad de un corredor que terminaba en una puerta encristalada.

—¡Ah!, señorita Germaine—dijo dirigiéndose



*—¡Una nueva! No conozco sus piernas...*

a una joven que se empolvaba—, la presento esta nueva colega. Póngala al corriente de forma que nos sean pronto útiles sus servicios.

—Bien, señor.

—Se marchó el señor Lupin, y aquella que él había llamado Germaine, me dijo:

—Se ha olvidado decirme cómo se llama usted.

—Nelly Birotteau—contesté, fiel a la consigna que me habían dado.

—Pues bien, señorita Nelly, aquí no se hace una mala sangre. Quítese el abrigo y el sombrero y siéntese, que vamos a empezar.

Y añadió:

—Mire, aquí tiene su máquina. Es una verdadera Rolls-Royce. Podrá hacer en ella un gran trabajo, cuando lo haya. Pero me parece que por hoy no habrá nada.

Apenas hubo terminado de decir estas palabras cuando la puerta se abrió bruscamente, dando paso a un viejo señor, que gritó al vernos:

—Buenos días, señoritas. Siempre encantadoras. ¡Una nueva! No conozco sus piernas...

Y diciendo esto se inclinó bajo la mesa en que yo trabajaba para contemplarme.

De prisa y confusa bajé mi falda, pero sin duda había tenido tiempo de apercibir mi pantalón rosa, porque gritó:

—*Mazette*. Esta pequeña no carece de gusto, y conoce el valor de su persona. El señor Lupin ha



sabido lo que hacía al admitirla. Me parece que va a ser la nueva favorita.

Yo me sentía vejada. Comprendía confusamente lo que me sucedería en aquella casa en adelante.

Mademoiselle Germaine debió de comprender cuanto mi pudor sufría, y dijo al sádico personaje:

—¿No le da a usted vergüenza, a su edad, dedicarse a ver la ropa interior de las señoritas? ¿No ve usted que molesta a esta joven con sus maneras groseras? Si yo fuera un hombre le abofetearía. Váyase y déjenos en paz: Ya le hemos visto bastante.

Y, cogiendo al viejo personaje, le echó fuera del despacho, y me dijo:

—¡Lo que va usted a oír aquí! Todos son lo mismo. Creen agradarnos contándonos suciedades. ¡Como si les necesitáramos para algo!... Entre nosotras, usted no es tan ingenua como quiere parecerlo. En el colegio se cuentan historias... Luego se sorprenden en el barrio cosas que, aunque no se sabe lo que son, se sospechan, y alguna otra, más viciosa, os da por gestos detalles de lo que, más pronto o más tarde, aprenderemos fatalmente. ¿No es cierto?

—Sí—le respondí sonriendo a pesar mío, al acordarme de los tratamientos de mis camaradas de juegos, que se mostraban cada día más audaces.

Sonó un timbre.

—El señor Lupin me llama—dijo Germaine—. Vuelvo dentro de un instante.

Salió, dejándome sola en el despacho, frente a una máquina que ensayaba a hacer funcionar.

Pasados dos minutos volvió.

—Es a usted a quien llama para enseñarla los archivos. Desconfíe... Trate de resistir, porque si no...

No pudo decirme más, porque en aquel momento apareció el señor Lupin en persona, diciéndome:

—Señorita Nelly, sírvase seguirme.

Me levanté respetuosamente y seguí a mi director.

—Le voy a enseñar a usted los archivos. Tendrá usted que verlos despacio, para las necesidades de su servicio.

Al llegar al pie de una escalera estrecha y pina, me dijo:

—Suba usted delante.

Me figuré que quería verme las pantorrillas... Esto no me desagradaba; pero sí me daba un poco de miedo...

Claro que pudo verme las pantorrillas...—que yo, dicho sea de paso, presumo de tener carnositas y muy bien formadas...—y algo más... las rodillas, las ligas, los muslitos, rechonchos y fuertes, dentro del pantaloncito rosa...

Apenas había subido los primeros escalones cuando una mano...

Di un grito de sorpresa y caí en brazos del señor Lupin.

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo acariciando mi rostro turbado—. Esto no es más que un principio, y será necesario llegar hasta el fin.



Tuve miedo. Me desprendí de sus brazos, esquivando el beso que pretendía darme, y retorné a mi plaza.

Cogí mi sombrero y mi abrigo y corrí a la calle.





ÓNDE vas tan de prisa, Cornelia?—me dijo al verme Marcial, el hijo de la portera del número 44 bis de la calle Trufant.

—¡Hola!—le dije—. ¿Cómo te va? Hace mucho que no se te ve por el barrio.

—He dejado a los viejos. He encontrado el filón. Busco una moza. Si tú quisieras, podrías serlo.

Puesta en confianza, le conté lo que acababa de sucederme.

—Has hecho una bobada, chiquilla. Eso podía haber sido para ti un gran negocio. Tu director te hubiera mimado y habrías tenido la mejor plaza. No te tendrías que hacer migas trabajando y todos los meses hubieras cobrado tu sueldo.

—Pero, hombre, si era un viejo con barba.

—¡Ah! ¿Tú quieres mozos de mi género? Ven, que voy a dirigirte. Yo vivo en el hotel, a dos pa-

sos de aquí. Si eso te agrada, nos vamos a poner en relaciones. Y, el día que estés preparada convenientemente, haremos los grandes negocios.

Cuando me acuerdo de aquel encuentro me pregunto siempre qué fué lo que pasó por mi cabeza. Marcial no tenía nada de bello, y me apercibí de que era así cuando el mal ya estaba hecho.

Sin reflexionar, por curiosidad, subí a su alcoba para ver cómo la tenía dispuesta. Yo me había hecho locas ideas sobre lo que era una alcoba de hotel.

Me imaginaba papeles lujosos, tapices blandos, una cama ancha y espejos biselados, devolviendo las figuras de los que se miraran en ellas como pelotas de tennis.

Pero apenas entré en la alcoba de Marcial no tuve tiempo de darme cuenta de mi desilusión.

Me cogió, me enardeció a besos, que él sabía profundizar traicioneramente, me desarropó, me echó en la cama...

... Y la cosa sucedió como sin duda Marcial se la imaginaba.

Su rostro, que se inclinaba hacia mí, expresaba, gracias a la vivacidad de sus ojos, toda la satisfacción de sentirme suya.

Así podría vanagloriarse con los compañeros de que había abusado de la pobre Cornelia, a la que todos fingían tratar en camaradería. Era suya desde ahora, y sabría defenderla contra todos.

Y animado, sin duda, por pensamientos secretos que yo no comprendía, me agitó bruscamente y me dijo:



—Cornelia, tú eres mi linda. Has sido mía y lo serás para siempre. Estás gordita, y eres tipo que agrada a muchos hombres. Tendremos éxito y nos daremos la gran vida.

—Sin embargo—dije yo—, tengo que volver a mi casa.

—No digas tonterías. Después de lo que te acaba de suceder, te pondrán en la puerta.

Y Marcial, para acabar de convencerme, me dió un beso.

Poco más tarde el recuerdo de mis padres era lejano, y no quería pensar en la pena que podría causarles con mi conducta, pues adivinaba que había gustado de alegrías que solamente dentro del matrimonio deben ser permitidas.

Aunque en verdad, ¿era culpa mía el que los hombres fuesen así? Mi conciencia me decía que lo que había sucedido no era provocado por mí. Al contrario, huyendo del peligro, había salido de Guatemala para meterme en Guatepeor.

En conciencia, pues, no podía considerárseme culpable.

Sonaron las doce.

—Habrá que pensar en almorzar—me dijo Marcial—. Yo tengo hambre. ¿Y tú?

—Yo también.

—¿Y dinero?

—Unos dos francos.

—Bueno; desde ahora seré yo quien tenga la caja. Dame tus francos para que vaya a buscar el condumio. Durante este tiempo harás la cama, para que después de comer echemos la siesta. ¿Te gusta más el vino blanco o el rojo?

—El blanco.

—Como a mí. Entonces, en diez minutos estoy de vuelta. Quítate la ropa, que comeremos en la cama.

Y Marcial me encerró en la alcoba, por temor, sin duda, de que me escapase.

Se equivocaba, porque yo no tenía la menor idea de huir, aunque la alcobita que ocupaba no tuviese nada de confortable.

Las paredes estaban tapizadas de papeles viejos. Un sucio espejo devolvía confusa la imagen de quien se colocara delante de él. El lecho, además de pequeño, era de una limpieza dudosa.

No me acordaba de mis padres. Me encontraba bien allí y continuaría. Además, no me hubiera atrevido a presentarme ante sus ojos, pues me parecía que se me tenía que conocer que había perdido mi pureza. Y por otra parte, que yo sentía que no estaba hecha para vivir la vida de una pequeña empleada, puntual y regular. No. A mí me hacían falta la independencia y el amor.

¿No es por ésto, al fin y al cabo, por lo que se vive, se come, se bebe y se pelea? ¿No es por esto por lo que el hombre busca el dinero y por lo que la mujer se entrega o se vende?



Yo, por lo visto, estoy hecha para practicar el amor, y lo que acababa de aprender me abría nuevos horizontes, y mi curiosidad se hallaba despierta.

Oí el ruido de una llave en la cerradura. Era Marcial que llegaba.

—¿Todavía vestida?—dijo—. Por esta vez, nada de golpes gratuitos. Pero métete bien en la cabeza que quiero ser obedecido, pues tengo el derecho de vida y muerte sobre ti.

No me quedó más remedio que obedecerle.

—Todo va bien, mi linda. Se ve que vamos a llegar a entendernos perfectamente.

Me dió un abrazo y añadió:

—Bueno. Y ahora, vamos a comer. Tengo el estómago en los talones. Y esto da apetito, ¿sabes? Además, que no creo que tú te nutras de cañamones.

—Claro que no. ¡Tengo un hambre!

Entonces Marcial dejó revueltos sobre la colcha un litro de vino blanco, cerdo, medio queso de Camembert y dos plátanos.

—Con esto nos llenaremos la barriga—dijo—. Estamos bien. Se respira. Es excitante. Pero no hablemos de eso. Hace falta hacer el honor al menú. Atrapa tu parte.

Y sobre mi pan me colocó una raja de charcutería. Después, mientras comíamos y me abrazaba, me fué diciendo:

—¿Sabes, mi linda, que hacía mucho tiempo que había reparado en ti? Pronto o tarde tenías que ser

cosa mía. Yo tengo paciencia y sé esperar mi hora. Además, dudaba de que estuvieras a punto, y de que tuvieras temperamento. Pero ahora ya estoy convencido de que sí lo tienes.

Con la boca llena debí reconocer que Marcial tenía razón.

—¡Pardiez! Eso se ve en seguida. Tú eres una mujer de una pieza, y más tarde tendrás tus pasiones. Pero yo estoy aquí para vigilarte. Toma, bebe un sorbo. Como no hay vasos, utiliza la misma botella.

Marcial me pasó el litro de blanco.

Yo debí beber más que de costumbre en el curso de aquel desayuno.

Habitualmente en casa de mis padres mezclaba el vino con agua, y allí debí beberlo puro. No me hizo falta más para que mi cabeza comenzara a dar vueltas.

Fué, sin duda, por eso por lo que una vez comidos los plátanos, sin darme cuenta de lo que hacía, abracé fuertemente a Marcial.

—¡En buena hora!—exclamó él—. Veo que me quieres, y que va a ser fácil que nos entendamos.

Como veis, tuvo muy poco de poesía mi primer salto hacia la vida libre.

A las muchachas de los barrios extremos de París les ocurre siempre igual.

OCHO días acababan de transcurrir.

Vivía una vida agradable y llena de imprevistos. Con Marcial pasaba mañanas y tardes en las ferias de Montmartre. Marcial debía haber tenido suerte, pues poseía algunos «amarillos» en su portamonedas. Eso de los «amarillos» es cosa que conocen las gentes de mi edad; pero las de hoy ignoran su sentido. Seré, pues, explícita.

Los «amarillos» eran simplemente luises Sólo que no en vulgar papel pintado, sino en oro, y por tanto, es hora de decir que veinte francos eran veinte francos, y había con ellos para reírse y divertirse en grande.

—No te importe, niña, por el dinero. Cuando nos falte, yo conozco un medio para hacerle venir. Tú tienes todo lo que hace falta para lograrlo.

Yo, tontamente, reía de todo aquello, sin acabar

de comprenderlo bien. Yo era joven todavía e ingenua, a pesar de todos los pesares.

No existían aún, en las barracas, los juegos de luz ni las orquestas charlestonianas; pero había Pesón y sus fieras, el célebre George Hark y sus leones; Bidel, la mujer barbuda, el tragador de sables, los tiros de pichón, las montañas rusas, los velocípedos...

Y todo esto bastaba para distraernos ampliamente. Así cada tarde yo no olvidaba nunca de preguntar a Marcial:

—¿Tienes dinero para que vayamos a la feria?

—Sí, pequeña. No te preocupes. No ha llegado todavía el momento de las explicaciones. Déjame hacer, y vamos a reírnos.

Entonces yo me vestía prontamente y descendíamos juntos hacia los bulevares exteriores.

Puedo decir que aquel año penetré en todas las barracas, incluso en la del Museo de los horrores y de las enfermedades, pero me prometí no volver a poner allí los pies.

Cuando se ha visto eso una vez, ya es bastante para disgustarnos para siempre del amor y de sus caricias.

En cambio, los velocípedos me encantaban. Subía a ellos con gusto y apretaba los pedales. Mi hombrecito detrás de mí gritaba:

—Más de prisa.

Mi falda se levantaba con la carrera, lo que no tenía importancia, pues yo no temía que se me vieran las piernas, que están todavía firmes, a pesar de los años.



Luego íbamos a ver los leones en sus jaulas, y Marcial tiraba al blanco.

Cuando llegábamos a casa yo me desvestía rápidamente y me acostaba. Marcial se daba prisa por encontrarse a mi lado.

«Cuando se es joven se ignora todo», dice la canción. Es posible que sea así, pero cuando pienso en el pasado, esos ocho días de caricias me parecen largos meses de dichas inefables.

Fuimos felices. Si Marcial vive todavía, podrá atestiguarlo. Era su cosa, como él decía; le obedecía como una niña.

—¡Ah!—reconocía él—. Tú eres el bello negocio. Los fondos comienzan a faltar. Hoy va a ser el último día de feria. Mañana será necesario pensar en las cosas serias. Pero esta tarde vamos a aprovecharnos. Tanto peor si no sale nada en un par de días. Tendremos, por lo menos, el vientre dispuesto para hacer resistencia al hambre. Vámonos ya.

Yo me dejé conducir.

No pensaba en las tristezas de la existencia, y me sentía feliz al lado de mi hombrecito, a quien adivinaba lleno de recursos y de iniciativas.

Y hace falta reconocer que ni aquéllos ni éstas le faltaban.

Marcial iba a cumplir por entonces diez y nueve años, y yo, gracias a mi constitución robusta, po-



*—A mi edad, los hombres no nos hacemos ilusiones, tierna niña.*



día ser tomada por una muchacha de diez y ocho primaveras.

Aquello era más que suficiente para ser tolerada de su brazo y en su alcoba. Si el hotelero hubiera podido adivinar mi edad temprana, se habría opuesto seguramente a que permaneciera bajo su techo.

La Policía vela, particularmente, sobre los hoteles amueblados, y persigue sin piedad todas las faltas a los reglamentos.

Pero ninguna encuesta tuvo lugar, y nada, por tanto, llegó a turbar nuestra luna de miel.

Aquella tarde, mientras deambulábamos a través de la feria, después de haber entrado en la barraca de un famoso domador de pulgas, nos detuvimos como extasiados delante de un cartel que decía:

«Aquí está la verdadera vidente. La única en su género. Por cincuenta céntimos conoceréis vuestro porvenir.»

—Vamos a ver qué te augura esa vidente—me dijo Marcial.

—¡Es una idea! A ver si voy a ser feliz toda mi vida.

Me aproximé, un poco emocionada, a una vieja de cabellos negros y lucientes, con la frente encintada por una banda multicolor.

—¡Ah!—dijo cogiéndome la mano—. Líneas de vida perfecta. El corazón... Usted es demasiado joven, y, sin embargo, ya ha conocido el amor. Es usted precoz. Le sucederán muchas aventuras. Sí.

Puede enrojecer de antemano. La esperan de las verdes y de las maduras, pero pasará por encima de todas las dificultades. Será adulada y acariciada. No tendrá hijos. Es el sueño para una jovencita que se consagra al amor. Su belleza no tiene por qué temer los hierros del cirujano. Los brazos que os acariciarán no serán siempre los mismos. La gustará el cambio. Historia de variar el menú.

—Diga usted que...—interrumpió Marcial.

—Digo lo que está escrito en su mano. Lo que veo. Si eso le disgusta, me callo.

—No, no. Continúe. Prefiero estar al corriente de lo que me ha de suceder—la dije—, para las cosas malas, corregirlas.

—Sí. Luego os explicaréis los dos. Continúo. Mucho corazón, muy sentimental, muy voluptuosa. El dinero le vendrá fácilmente, y vivirá hasta los setenta años. Todo esto cuesta cincuenta céntimos.

Marcial le entregó la moneda.

—Si quieres conocer tu vida—le dijo la adivina—, te costará lo mismo.

—Prefiero ignorarlo todo. En fin, muchas gracias.

Y, enlazándome vigorosamente, me sacó de entre la multitud que se había estacionado junto a nosotros para oír el oráculo de la verdad.

—Vaya, linda, ya lo has oído; esto cae a maravilla. Yo tenía idea de hacer grandes cosas contigo, y veo que no me había equivocado. Vales tu peso



en oro. Tu cuerpo está llamado a hacer sensación. Aprenderás a servirte de él para sacar de sus casillas a los viejos personajes que caminan tras las muchachas de tu género. Y como recompensa tendrás monedas de oro, y joyas, y vestidos. Y, para que no te equivoques al echar tus cuentas, la administración correrá a mi cargo. Comidas en los restaurantes *chics,* sedas y terciopelos. Para nosotros, el «extra-dry», en lugar de ese aramín que bebemos desde hace ocho días; la langosta a la mayonesa y los caracoles de Borgoña, en vez de las salchichas y los fritangos. Mira, ahí va un viejo. Fíjate con qué ojos te mira. Sonríele un poco.

Y yo me puse a sonreír.

—Así no—gruñó Marcial—, te va a tomar por una palurda recién llegada. Hace falta otra cosa, algo que le haga comprender que apeteces sus caricias. Mira cómo se ha vuelto. Te voy a dejar. Le llevarás a la calle de los Mártires. No tengas miedo a escamotearle el portamonedas, si ves que está lleno. Vete, que yo me quedo esperándote.

Y Marcial bruscamente se separó de mí.



NTONCES, pequeña, ¿se está usted paseando sola por entre esta multitud en delirio? Se va a perder. Sin embargo, me parece que hace un momento tenía compañía.

—Sí. Era mi primo.

—¿Y le ha dejado?

—Sí; quería ir a ver los leones.

—¿No le gusta ese espectáculo?

—Prefiero las loterías.

—Aquí hay una. Pruebe su suerte.

—No tengo dinero.

—No le importe. Yo puedo satisfacer sus fantasías.

Y el viejo señor, que hacía un instante me había estado admirando, me llevó hacia la barraca.

Y allí, mientras yo perdía mi tiempo viendo dar vueltas a la rueda, el viejo no perdía el suyo, aprovechándose de las apreturas para mariposear sua-

vemente en la parte más carnosa de mi anatomía. Aquello se prolongaba.

—Vamos, salgamos de aquí—me dijo—. Perdemos un tiempo precioso, que es mejor aprovechar. No se sabe lo que el porvenir nos reserva.

Le seguí dócilmente, aunque la vergüenza empurpurara mi frente. Sentía despertar en mí el pudor y los instintos honestos.

Pero a mi edad, ¿era yo capaz de razonar y de discurrir el bien y el mal, o de apreciar simplemente mi conducta?

Marcial me propinaría golpes si no seguía al pie de la letra sus consejos. Y además, ¿cuál podría ser mi porvenir? No me quedaba más que seguir el camino que voluntariamente, aunque sin saberlo, me había impuesto. Pronto o tarde tenía que llegar aquello; estaba escrito.

Y fué así como penetré en una alcoba de hotel de la calle de los Mártires, cuyo nombre me pareció evocador. ¿No iba yo a sufrir un abrazo rudo y cruel, y besos y caricias, sin agrado y sin alegría? Todo parecía confirmármelo de antemano. Con todo, aquel viejo señor que acababa de pagar anticipadamente el precio de la alcoba era lo que se puede llamar un viejecito propio y pulcro.

Su traje era de buen corte. El chaleco estaba cruzado por una cadena de oro de cierto peso, y su corbata, ornada por una perla fina.

Todo hacía suponer que su portamonedas estaría lleno.



—Vaya—me dijo enlazándome gentilmente—. Vernos solos, lejos del mundo y del ruido. Deje de admirar ese quitasol japonés que pende del techo. ¿Sabe lo que me acaba de decir la criadita? No. Ya vi que no escuchaba nuestra conversación: «Sepa el señor que esa es la única alcoba del hotel donde no hay chinches.» Luego tranquilícese.

No pude menos de sonreír, a pesar de la turbación que me invadía, mientras él decía seriamente:

—Este grabado representa la Exposición de 1900, inaugurada por el presidente de la República, Emile Loubet. Aquel más sugestivo es la reproducción de un cuadro de Willith, representando una fuga de Pierrots y Colombines. Esta guarnición, Enrique III, que hay sobre la chimenea, viene de los grandes almacenes Dufayel, donde se puede igualmente procurar una mujer pagada a tanto por amante. Y el espejo del armario revela los amores libertinos de Lulú y Julit. Un corazón atravesado por un puñal explica la sinceridad del amor del uno por el otro. Esté usted tranquila, que no le exigiré parecido sentimiento. Usted no me ama. Me ha seguido porque soy el viejo que le daré un poco de oro a cambio de sus servicios. No proteste. A mi edad los hombres no nos hacemos ilusiones, tierna niña.

En aquel momento me quedé indecisa. Desnudarme delante de él, mostrarle mis intimidades, eran cosas que estaban por encima de mis fuer-

zas. Delante de Marcial no me hubiera dado vergüenza, pero delante de aquel desconocido mi pudor se exaltaba y sentía el rojo de la vergüenza empurpurar mi rostro. Pero él, sin ocuparse de mí, proseguía:

—Vamos, pequeña. No tenga temor, que no quiero hacerle ningún mal. Quiero simplemente admirar su belleza pura. Yo pongo el arte por encima de todo, y me gusta ver un cuerpo femenino bien dibujado.

—Escuche, señor—le dije—. Preferiría no quitarme mis ropas... Ya sé a qué he venido aquí, pero...

—Pero pequeña, usted no sabe lo que dice. Reflexione. Eso sería un atentado que me podría costar caro. Usted, sin duda, es una menor. Yo no quiero nada de pasiones vergonzosas. Me conformo con admirarla. Quiero ser una especie de Mecenas, y no otra cosa.

—No—le dije yo—. Le ruego, señor... No me va a ser posible. Le suplico que no me obligue a ello... Quisiera marcharme pronto. Tengo prisa.

—Atiéndame, pequeña, que no me escucha. Lo que le pido es cien veces menos vergonzoso que lo que usted se resigna a darme. Espere. Yo la ayudaré.

Aquel viejo señor me quitó el vestido y continuó su obra, ayudado por la poca resistencia que yo le oponía.

—Es usted muy preciosa—me dijo.



Y súbitamente el viejo señor cayó sobre la alfombra, los labios espumosos y la tez pálida.

Tuve miedo.

Estaba sin ropa en aquella alcoba de hotel, mientras mi adorador rodaba por el suelo. ¿Iba a gritar «¡Socorro!» y a mostrarme indecentemente en los pasillos, después de haber hecho tantas historias para despojarme de mis velos?

Además, presentía confusamente que, pidiendo ayuda, iba a crearme enojos. Irían a buscar a la Policía, me llevarían a la Comisaría más próxima, y allí, interrogada, encerrada, puesta luego delante de un juez... Todo un escándalo a punto de estallar. ¡Comenzaba bien mi vida de aventuras! Aquello distaba mucho de ser lo que me había dicho la adivinadora. ¿De quién podría una fiarse?

Me era preciso tomar una resolución rápida. La hora no era para incertidumbres. Mi libertad estaba en juego, lo mismo que mi porvenir. Me puse, pues, de prisa mis vestidos, y hasta me acuerdo de que, como el buen rey Dagoberto, me puse al revés mi pequeño pantalón rosa.

Quería huir a toda prisa, sobre todo teniendo en cuenta que el anciano continuaba estremeciéndose en el suelo.

A pesar de mi emoción, fácilmente comprensible, tuve valor para echarle al rostro, con idea de que se reanimase, un jarro de agua, y de soltarle el cuello postizo, todo esto sin abandonar la tarea de ponerme mis vestidos ligeros.

vemente en la parte más carnosa de mi anatomía. Aquello se prolongaba.

—Vamos, salgamos de aquí—me dijo—. Perdemos un tiempo precioso, que es mejor aprovechar. No se sabe lo que el porvenir nos reserva.

Le seguí dócilmente, aunque la vergüenza empurpurara mi frente. Sentía despertar en mí el pudor y los instintos honestos.

Pero a mi edad, ¿era yo capaz de razonar y de discurrir el bien y el mal, o de apreciar simplemente mi conducta?

Marcial me propinaría golpes si no seguía al pie de la letra sus consejos. Y además, ¿cuál podría ser mi porvenir? No me quedaba más que seguir el camino que voluntariamente, aunque sin saberlo, me había impuesto. Pronto o tarde tenía que llegar aquello; estaba escrito.

Y fué así como penetré en una alcoba de hotel de la calle de los Mártires, cuyo nombre me pareció evocador. ¿No iba yo a sufrir un abrazo rudo y cruel, y besos y caricias, sin agrado y sin alegría? Todo parecía confirmármelo de antemano. Con todo, aquel viejo señor que acababa de pagar anticipadamente el precio de la alcoba era lo que se puede llamar un viejecito propio y pulcro.

Su traje era de buen corte. El chaleco estaba cruzado por una cadena de oro de cierto peso, y su corbata, ornada por una perla fina.

Todo hacía suponer que su portamonedas estaría lleno.



—Vaya—me dijo enlazándome gentilmente—. Vernos solos, lejos del mundo y del ruido. Deje de admirar ese quitasol japonés que pende del techo. ¿Sabe lo que me acaba de decir la criadita? No. Ya vi que no escuchaba nuestra conversación: «Sepa el señor que esa es la única alcoba del hotel donde no hay chinches.» Luego tranquilícese.

No pude menos de sonreír, a pesar de la turbación que me invadía, mientras él decía seriamente:

—Este grabado representa la Exposición de 1900, inaugurada por el presidente de la República, Emile Loubet. Aquel más sugestivo es la reproducción de un cuadro de Willith, representando una fuga de Pierrots y Colombines. Esta guarnición, Enrique III, que hay sobre la chimenea, viene de los grandes almacenes Dufayel, donde se puede igualmente procurar una mujer pagada a tanto por amante. Y el espejo del armario revela los amores libertinos de Lulú y Julit. Un corazón atravesado por un puñal explica la sinceridad del amor del uno por el otro. Esté usted tranquila, que no le exigiré parecido sentimiento. Usted no me ama. Me ha seguido porque soy el viejo que le daré un poco de oro a cambio de sus servicios. No proteste. A mi edad los hombres no nos hacemos ilusiones, tierna niña.

En aquel momento me quedé indecisa. Desnudarme delante de él, mostrarle mis intimidades, eran cosas que estaban por encima de mis fuer-

zas. Delante de Marcial no me hubiera dado vergüenza, pero delante de aquel desconocido mi pudor se exaltaba y sentía el rojo de la vergüenza empurpurar mi rostro. Pero él, sin ocuparse de mí, proseguía :

—Vamos, pequeña. No tenga temor, que no quiero hacerle ningún mal. Quiero simplemente admirar su belleza pura. Yo pongo el arte por encima de todo, y me gusta ver un cuerpo femenino bien dibujado.

—Escuche, señor—le dije—. Preferiría no quitarme mis ropas... Ya sé a qué he venido aquí, pero...

—Pero pequeña, usted no sabe lo que dice. Reflexione. Eso sería un atentado que me podría costar caro. Usted, sin duda, es una menor. Yo no quiero nada de pasiones vergonzosas. Me conformo con admirarla. Quiero ser una especie de Mecenas, y no otra cosa.

—No—le dije yo—. Le ruego, señor... No me va a ser posible. Le suplico que no me obligue a ello... Quisiera marcharme pronto. Tengo prisa.

—Atiéndame, pequeña, que no me escucha. Lo que le pido es cien veces menos vergonzoso que lo que usted se resigna a darme. Espere. Yo la ayudaré.

Aquel viejo señor me quitó el vestido y continuó su obra, ayudado por la poca resistencia que yo le oponía.

—Es usted muy preciosa—me dijo.



Y súbitamente el viejo señor cayó sobre la alfombra, los labios espumosos y la tez pálida.

Tuve miedo.

Estaba sin ropa en aquella alcoba de hotel, mientras mi adorador rodaba por el suelo. ¿Iba a gritar «¡ Socorro !» y a mostrarme indecentemente en los pasillos, después de haber hecho tantas historias para despojarme de mis velos?

Además, presentía confusamente que, pidiendo ayuda, iba a crearme enojos. Irían a buscar a la Policía, me llevarían a la Comisaría más próxima, y allí, interrogada, encerrada, puesta luego delante de un juez... Todo un escándalo a punto de estallar. ¡ Comenzaba bien mi vida de aventuras ! Aquello distaba mucho de ser lo que me había dicho la adivinadora. ¿De quién podría una fiarse?

Me era preciso tomar una resolución rápida. La hora no era para incertidumbres. Mi libertad estaba en juego, lo mismo que mi porvenir. Me puse, pues, de prisa mis vestidos, y hasta me acuerdo de que, como el buen rey Dagoberto, me puse al revés mi pequeño pantalón rosa.

Quería huir a toda prisa, sobre todo teniendo en cuenta que el anciano continuaba estremeciéndose en el suelo.

A pesar de mi emoción, fácilmente comprensible, tuve valor para echarle al rostro, con idea de que se reanimase, un jarro de agua, y de soltarle el cuello postizo, todo esto sin abandonar la tarea de ponerme mis vestidos ligeros.

Ya estaba presta.

Podía huir y escaparme de aquella visión horripilante, cuando de pronto sentí andar en la puerta.

Retrocedí sin darme cuenta. ¡No me iba a poder escapar! Reconocí que había sido tonta y ridícula escuchando a Marcial y siguiendo a aquel admirador de mis encantos. Iba a aprender a vivir a mi costa, y me daba cuenta de que el o cio que había abrazado presentaba sus dificultades. Todo no es de color de rosa en la vida de una mujer bonita. Antes de llegar a poseer auto, hotel, joyas y fortuna, hace falta sufrir afrentas e infortunios.

Pero de nuevo llamaron a la puerta. Fuí a abrir. Un ¡ah! de satisfacción se escapó de mi joven pecho. Estaba salvada, o, al menos, lo creía así.

Marcial, que estaba allí, me preguntó en voz baja:

—¿Y el dinero?

El viejo señor no se movía. Yo llevé a Marcial a la alcoba y cerré la puerta tras él.

—¡Chist!—dijo—. Le despojaremos.

E, inclinándose hacia él, le quitó el portamonedas, la cadena, el reloj, el alfiler de corbata y hasta la moneda menuda que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Aquello fué en un segundo, con destreza de profesional. Entonces comprendí cómo Marcial, que no trabajaba, poseía algún dinero cuando yo le había encontrado hacía ocho días. Si estaba momentáneamente sin blanca era, sin duda, porque no se le había presentado ninguna ocasión.



—Tú sabes—me dijo en voz baja empujándome fuera de su alcoba—que vale mucho esto que acabamos de adquirir. El bolso me parece bien repleto. Esta noche nos divertiremos en grande. La terminaremos en Les Halles. Allí conozco un pequeño *bistró* donde hay ostras y caracoles estupendos, y un vino de Burdeos que tiene excelencia. Ven, pequeña. Has trabajado bien, y en lugar de golpes tienes derecho a caricias.

Estas palabras fueron dichas por Marcial en el tono más dulce que puede imaginarse; pero la escena que yo acababa de vivir no me había dejado el ánimo dispuesto para ternezas.

Como se ve, el segundo paso hacia la vida libre había sido menos agradable aún que el primero. Gracias a que después las cosas se arreglaron mejor, porque de haber seguido como al principio...





ESCENDIMOS así la escalera, con el ansia de volver a ver la calle y de huir de aquel teatro de nuestra fechoría.

Pero una sorpresa nos esperaba; no la habíamos previsto. La puerta que daba a la calle estaba cerrada, y en el estrecho corredor iban y venían dos *quidams* con sombrero hongo, las caras adornadas de bigotes negros.

Nos dejaron bajar. Pero cuando Marcial pretendió salir se colocaron delante de nosotros.

—¿Quién es usted?—preguntó uno de los dos bigotudos.

—¿Qué puede importarle quién soy?—dijo Marcial un poco asustado—. Yo no les conozco a ustedes. Déjennos salir.

—Arriba las manos, o disparo—dijo su compañero empuñando una amenazadora browning.

—Vaya, ¿qué será esto?—dijo mi amante—. ¿Qué quieren ustedes?

—¿Que qué es lo que queremos? Escucha. Hace ocho días que se te busca. ¿No has leído en los periódicos el asesinato de una vieja rentista en la calle de Croissant? ¿No? Es curioso. El tesoro no era, sin duda, grande; pero, en fin, te ha tentado. Solamente que has estado un poco fuerte. Me parece que la pobre vieja ha dejado de comer más pan. A ver, adelanta esas muñecas.

Y antes de que Marcial hubiera podido rehacerse, le sujetaron las manos y le colocaron las esposas.

—Síguenos. ¿Quién es esta mujer?—preguntó señalándome.

—No la conozco—tuvo él valor para decir—. Es decir, acabamos de pasar cinco minutos juntos. Eso es todo lo que sé de ella.

—¡Bien! En marcha.

Y los dos agentes de seguridad abrieron la puerta y se llevaron a Marcial, que, comprendiendo lo inútil de toda resistencia, los siguió con la cabeza baja, después de haberme dirigido una larga mirada de amor.

Me encontré sola y sin dinero en mitad de la calle.

¿Qué iba a ser de mí?

Pero de pronto tuve la visión del viejo señor tumbado sobre el suelo de la alcoba que acababa



de dejar, y me acordé de Marcial apoderándose de sus papeles y de sus ropas.

Entonces un temor inmenso se apoderó de mí.

¿Qué había hecho?

Había sido cómplice de una mala acción. Si por casualidad la Policía metía la nariz en aquel negocio, no saldría muy bien librada.

Me era necesario, pues, huir de aquellos lugares sospechosos antes que se descubrieran el robo y el drama.

¿Qué supondrían? No importaba. Lo interesante era huir. Mi libertad antes que todo.

Y como no estaba dispuesta a alimentar los diarios con aventuras de mi vida, dejé la calle de los Mártires por los bulevares exteriores, y corrí hasta perder el aliento.

Algunos jóvenes me gritaron:

—¡Psst! ¡Psst! No vayas tan de prisa, guapa. ¿Dónde vas tan corriendo? ¿Llevas fuego en el trasero?

Pero sus palabras no me interesaban ni poco ni mucho. Me parecía que huía de los lugares donde acababa de ensombrecer mi vida y mi honestidad, y que me sería posible escapar a las visiones que me rodeaban.

Y la noche comenzaba a caer.

Una gran tristeza parecía desprenderse de los árboles y de las hierbas. Allí había un banco. Tenía hambre y miedo. Temblaba, y, sin saber por qué, me puse a llorar.

Pero esta vez la desesperación me invadía. Desesperaba del todo. Mi porvenir me parecía irremediablemente comprometido. Me veía recorriendo los boulevares llegada la noche para ganar mi pan. Las mejillas y los labios, pintados; el cuello, con un lazo rojo escarlata; los ojos, extrañamente adornados; los cabellos, cortados a lo perro; los senos, aplastados en una blusa que dibujara los contornos y marcara los puntos; el vientre, cubierto con un pequeño delantal, en cuyos bolsillos guardaría polvos y colorete; la falda, estrecha y corta, bien apretada a mis muslos para marcar las curvas excitantes, y los pies, calzados de zapatitos de tacones altos y frágiles, y las piernas cubiertas de sedas.

Entonces tendría yo un hombre con gorra de larga visera, las mejillas ornadas de fintazos, el torso musculoso metido en un jersey de sport.

Y nos iríamos a pasar las noches al «beuglart» cuando juzgara que mis ingresos habían sido buenos.

Allí yo ejecutaría la «craquette», mientras que él, mi hombre—que entonces se llamaría Babet, o Julot, o Risí le Frisé, o Grenle-de-Raia—me forzaría a partirme en dos, o bien me levantaría de una bofetada magistral y me besaría sobre la boca, acariciándome bajo las miradas maravilladas de sus cofrades y de los cipayos de servicio.

Y como sería un verdadero macho, bien experimentado y sin escrúpulos, me propinaría por



*—Yo no podía decentemente rehusarle los míos.*

un sí o por un no un soberbio puñetazo, historia de ponerme un ojo a la vinagreta para demostrarme lo contundente de sus argumentos y la destreza de su brazo derecho.

Y por complacerle, cada tarde me pondría en guisa de servicio, haciendo todo lo posible por despachar al cliente para pasar al siguiente, al que también me daría prisa en poner fuera de combate.

Durante ese tiempo, mi hombre jugaría a la manilla o al dominó, sentado en el bar del rincón, o en un pequeño *bistró* tranquilo, en compañía de los compadres; es decir, La Fuente de Raic, de Juliot de Sebarto y de La Teneur du Paname.

Y para que él se tranquilizase sobre mis asuntos y no interrumpiera la partida de manilla, yo le haría signos convencionales, lo que querría significar: «¡Todo va bien! Cinco francos más de ganancia.»

O bien: «¡La cosa está mal! La Policía vigila el barrio! ¡Ni un cliente siquiera!»

Y después, para marcar bien mi condición, para probar a todos que yo no era más que un vulgar despojo humano, me haría pasar regularmente el reconocimiento y me haría visar en la calle de los orfebres.

Ese era el porvenir que prevenían mis tempranos años, aunque, por fortuna, había de ser muy distinto a como lo imaginaba entonces.

Ahora ya apenas existen los apaches, y los que



hay, sólo sirven para maravillar a los turistas en «El gato que habla», o «En la vaca que ríe»; pero entonces había apaches, verdaderos apaches, que hacían con las muchachas las barbaridades que acabo de relatar.

Y aún había algunas a quienes gustaba aquella absurda vida de apachinetar. Yo no tenía vocación de mujer de apache.





De pronto me sentí tocar dulcemente en el hombro. Tuve miedo y me levanté de un salto. Un señor joven, elegante y distinguido me decía:

—¿No tiene usted miedo, pequeña, de andar sola cuando la noche va cayendo sobre este bosque de Vincennes? ¿Llora usted? ¿Por qué? ¿Tiene usted penas? ¿De amor, sin duda? Por tanto, usted parece joven. No debe seguir aquí. Parece que estos lugares de noche son peligrosos. Tómese la molestia de subir a mi auto. La voy a llevar hasta su casa. ¿Dónde habita usted, linda morenita?

Le miré maravillada. ¡Qué guapo era aquel hombre que me hablaba tan gentilmente y que parecía desolado de verme con pena! ¡Y qué elegancia! Ciertamente que no era de los nacidos en el Faubourg de Saint Antoine, donde el tra-

bajador es rey. Sus padres debían habitar el barrio del Parque Monceau, o en los Campos Elíseos, donde yo había pasado algunas veces, contemplando con envidia los elegantes hoteles particulares amueblados con un chic muy parisién.

¿Sorprendió acaso en mis pupilas la mirada de admiración que le lancé sin darme cuenta, de una manera positiva, o bien quiso inspirarme confianza cuando se sentó a mi lado en el banco que yo acababa de dejar tan precipitadamente?

—Entonces, mi pequeña, tiene usted miedo. ¿Qué hace usted aquí?

—Señor, estoy sola, y no sé, verdaderamente, dónde ir a dormir, porque no tengo dinero ni para cenar, ni para pagarme una alcoba de hotel.

—¿Es posible? ¡Tan gentil como es usted!

—Soy huérfana.

—¿De veras?

—Sí. Y ya no tengo amigo.

—¿Tenía usted un amiguito? Y la ha abandonado. ¡El miserable! Tan bonita como es y no la ha querido conservar. Vamos. La casualidad hace bien las cosas algunas veces. Y, puesto que ya se ha tranquilizado, la llevaré a casa de mi madre.

—¡Oh, señor! Yo no me atrevería...

—¡No se preocupe! Es muy acogedora. La reconfortará y dará buenos consejos. Ha salvado de la miseria a muchas pequeñas locas de su género. Venga. Deme el brazo y no perdamos un



tiempo precioso. Va con ello su interés. ¿Tiene usted confianza en mí?

—Sí—exclamé, encantada por las maneras de aquel joven de buena familia.

Y pensaba para mí:

—He aquí mi sueño. ¡Qué diferencia de distinción con Marcial! El desgraciado no sabría rivalizar con este joven. ¡Ah! Si yo hubiera caído en sus brazos, no tendría por qué lamentar la locura.

Seguí al desconocido hasta su auto.

Habíame rodeado el talle, lo que me causaba placer, y no me inquietaban sus caricias libertinas y osadas. Yo creo que con Marcial no había experimentado nunca aquellas sensaciones. Y me di cuenta en aquel instante de lo poco que había contado con mi existencia y había sucumbido a la tentación. Los placeres que yo creía imposibles de expresar me parecieron enfadosos entonces, nada más que con sentir correr sobre mi talle las manos de terciopelo de mi desconocido.

—Vamos, suba usted.

Abriendo la portezuela de su auto, se retiró para dejarme pasar. Soñándome pareja a una gran dama, ante cuya presencia el criado o el chofer se curvan en dos para demostrarles su servidumbre, subí al coche.

Tras mí se cerró la portezuela, y vi a mi salvador instalarse en el volante y arrancar rápidamente.

¿Dónde íbamos? ¿Dónde me llevaba? ¿A casa de su madre? ¡Qué iba a decir la buena señora al verme! Puede ser que le pareciera que su hijo exageraba y que podía dispensarse la molestia de llevarla, aunque fuese con fines humanitarios, jóvenes de mi especie.

Estas no faltan, y su madre no tenía por qué interesarse por mí, caso que, por otra parte, no tenía nada de trascendental. Me acordé haberle dicho que era huérfana. Puede ser que, a causa de aquella situación, fuera a sus ojos digna de compasión y de interés.

El auto corría hacia París, que no estaba todavía embotellado, como hoy. Había menos coches y extranjeros. Era el París muerto, el que yo miraba correr por las ventanillas, con sus paseantes, sus calles y sus avenidas.

Y, de vez en cuando, el rostro de mi elegante conductor, que se volvía para sonreírme.

Acabábamos de dejar la estación de San Lázaro. Era lo que yo pensaba. Ibamos hacia los ricos barrios de L'Etoile o de Monceau. Pero, de pronto, el auto se detuvo al borde de la acera. Debíamos de haber llegado.

Mi conductor abrió la puerta y me dió la mano, diciéndome:

—¡Aquí es!

Asombrada, miré la casa. Era, a no dudar, un inmueble de bella apariencia. Una inmensa puerta cochera, de la que un solo batiente estaba abierto, permitía el acceso. Esta casa no me imponía lo que un hotel particular. Pero no me quedó tiempo para reflexionar sobre mi suerte. Mi elegante compañero me llevaba. Una amable dama nos salió al encuentro.



—¿Mamá está aquí?—preguntó él.

—Sí, pequeño, puedes subir. ¿Es algo nuevo lo que nos traes?

Yo comprendí vagamente que aquella corta frase tenía relación conmigo.

—No—respondió él—; pero es joven. Mamá examinará a ésta atentamente.

Yo estaba sorprendida de ver tutear a un joven de buena familia. Le habría visto acaso nacer. Era una explicación que no acababa de convencerme. Recuperé la confianza al ver la escalera tapizada con espesas y blandas alfombras, y sentí que un perfume violento me penetraba en la garganta. Las mujeres elegantes, chics y distinguidas no pueden usar más que de estos aromas.

Por fin, iba yo a conocer las mujeres del gran mundo y sus bellas maneras. Y yo, que precisamente iba pensando en todo, quería adquirir un cachet de importancia que hiciera buena impresión.

Pero mi amable compañero se me acercaba de nuevo, y con un gesto noble me rogaba que subiese.

Di algunos pasos, cuando sentí que una mano, por entre mis faldas, me acariciaba...

¿Qué era *aquello*?... Pero... ¡oh!... Estaba bien... Francamente bien... No pude menos de quedarme absolutamente quieta... Después...

No pude continuar insensible a tales homenajes y, como cayera en sus brazos, él me ofreció los labios con gesto galante.

Yo no podía, decentemente, rehusarle los míos. Venía, tal vez, de salvarme la vida y le debía reconocimiento.

Y no quería que él pudiera suponer que yo sería ingrata. Tanta bondad merecía una recompensa. Y, puesto que me estaba permitido hacerlo, no quise sustraerme a mis deberes, como era de mi gusto el cumplirlos.

Sí; no tengo por qué ocultar que aquel elegante respondía a mi ideal. Era chic y distinguido. Tenía todo lo necesario para seducirme y sentía en mí estremecimientos de amor, que turbaban mis sentidos y mi corazón, y por eso, cerrando los ojos, uní mi boca a la suya.

La conmoción fué más violenta de lo que yo esperaba, y permanecí, llena de amor, en sus brazos, no pudiendo soltarme de ellos.

Y el monstruo se aprovechaba, para cerciorarse mejor de la firmeza de mis brazos.

¿Fué la voluptuosidad la que me venció, o bien las emociones sucesivas de la jornada las que anestesiaron mi voluntad y mi pensamiento?

No lo sabría precisar.



Pero yo sentí que me columpiaba en el vacío y perdía la noción de las cosas.

Felizmente, dos brazos robustos me sujetaban. Si no, hubiera rodado por la escalera.





¿Cuánto tiempo duró mi desvanecimiento? ¿Una hora o dos días?

En todo caso, cuando volví en mí, estaba sin ninguna ropa sobre mí, y reposaba sola en una alcoba desconocida. ¡Pero qué lujosa! No se parecía en nada a las que había habitado hasta entonces, y su color me placía con su uniformidad. Todo era amarillo: la cama, la colcha, los muebles, la luz. Y un grato perfume de amor y de voluptuosidad se expandía en el aire pesado.

Me levanté intrigada. Apercibí entonces sobre un canapé, igualmente amarillo, extendidas medias de seda amarillas, una camisita y un peinador del mismo color, lo mismo que unos zapatos, esperando, ciertamente, que me los calzara.

Y los espejos me devolvían mi imagen, que yo apenas reconocía. Mi cabellera había sufrido una

transformación. Un peluquero durante mi sueño me había ondulado, y pasado por mis cabellos un ancho lazo amarillo, sólidamente anudado. Y me habían arreglado los ojos. Y mis labios tenían un rojo agradable y tentador.

De mi cuerpo se desprendía un perfume encantador.

¿Dónde me encontraba transformada de aquella guisa? Me encontré bella y no cesé de admirarme. Por primera vez apreciaba todo lo que valía mi belleza. Me daba cuenta de mis encantos, cuando se abrió la puerta de mi alcoba, y una dama alta y distinguida, con el rostro aureolado por cabellos blancos, me dijo gentilmente:

—¿Y qué, pequeña, se encuentra bien? Sepa que nos ha dado miedo. Gastón, que es mi hijo, se preguntaba con inquietud qué es lo que iba a sucederle. Pero yo le calmé. Aun con todo, comenzó a parecerme que tardaban mucho sus nervios en normalizarse. Ha delirado usted mucho. ¿Sabe que duerme desde hace dos días?

—¡Dos días!—dije asombrada—. ¡Oh, señora! Excúseme de haberle dado tantas molestias. No sé verdaderamente cómo darle las gracias.

—Escúcheme, pequeña, porque mi tiempo es precioso. Usted está aquí en mi casa; es decir, en la casa de Madame de Montretout, calle Pasquier. Es la más antigua de la plaza. Fué creada en 1869, un año antes de la guerra del 70. Y universalmente conocida. El rey del caucho se dignó visitarla,



*—Mi querida Irma, estoy enamorado de usted.*

que es como deciros que algunas de mis pensionistas llevan sangre real en sus venas. En una palabra: sus curiosidades hacen furor; sus atracciones atraen a los voluptuosos, su confort moderno satisface a los más exigentes, su palacio de espejos intensifica el placer de los ojos, y sus salones originales ponen una nota en el refinamiento de costumbres de nuestra época. Póngase la camisa y las medias, que la voy a enseñar la casa. No, no se ponga el peinador. No tendrá frío, porque la calefacción central está instalada en mi inmueble. He aquí sus ligas. Póngase sus lindos zapatos. A ver, dése vuelta. Es usted perfecta de formas, y hará honor a mi colección. No me sorprende, porque Gastón tiene buen gusto, y no se equivoca nunca. De un solo golpe de vista, evalúa la mujer.

Yo obedecía, sin darme cuenta, las órdenes de Madame Montreaut. Yo estaba contenta de llevar las medias de seda y la camisita corta.

La venerable dama me dijo:

—Este es el gran salón. Es aquí donde, con sus encantadoras compañeras, vendrá usted a recibir. Mire, esta señorita es Manón. Es una morena como usted, sólo que su especialidad es el rojo. Su alcoba es parecida a la suya, sólo que en escarlata.

Manón se levantó graciosamente del canapé en que reposaba.

—Buenos días, querida—me dijo levantándose.



—He aquí Mercedes—continuó la dueña—. Su especialidad es el azul, y aquí, Carmen.

Yo estaba rodeada por encantadoras compañeras multicoloras, que me trataban íntimamente.

—Vamos, dejen ustedes en paz a esta pequeña—dijo en un tono que quiso hacer severo la deliciosa dueña de la casa.

—Heos aquí contentas y satisfechas—dijo una voz masculina en la entrada del salón.

—¡Oh, querido!—exclamó Manón—. Todas mis felicitaciones. Es perfecta esta pequeña. Te la dejamos. A tu cargo completar su educación.

Gastón se inclinó hacia mí, para preguntarme:

—¿Me quieres tú así?

Yo debí volver hacia él las pupilas afirmativas, pues, sin esperar mi respuesta, me levantó en brazos y me llevó hasta la cámara amarilla. Yo le dejaba hacer loca de alegría.

Cuando pienso todavía en estas horas de locura, mis sentidos y mi pensamiento vuelan hacia aquellos lugares.

¿Qué no diré yo?

De la noche, nada.

Pero, a la mañana siguiente, Gastón me decía:

—Aquí serás continuamente feliz. De vez en cuando vendré por la noche a hacerte compañía, porque durante el día no podré. Deberás dedicarte a los enamorados que vendrán a rendir homenaje a tu joven belleza. Es preciso justificar el buen nombre de la casa. Aquí no hay jamás que-

rellas, enojos, ni historias. Es una casa que se respeta y que sólo es frecuentada por la nobleza, los políticos y los industriales enriquecidos. Podrás, si eres económica, retirarte con tu fortuna hecha. No te hagas grosera, ni vulgar, ¿me escuchas?

—Con agrado.

—Y antes de hacer nada, pídeme consejo. Yo te llevaré por el camino derecho.

—Querido mío—le dije—. El verte y amarte bastan a mi ambición.

—Eres gentil diciéndome eso. De aquí a poco tendrás economías.

—Y te haré bonitos regalos.

—No lo creas, querida. Seré yo quien te los haga. Pero eso es otra historia.

Y así se nos fué la mañana.

De nuevo se torcía la ruta de mi porvenir, pero yo me mostraba bastante satisfecha del cambio; y, en realidad, examinando bien las cosas, no había razón alguna para que me mostrase contrariada.



EVIDENTEMENTE que en aquella casa tan soberbiamente organizada, he visto desfilar días felices. Ya no me llamo Cornelia Berotteau. Si algunos lectores conocen la casa, se acordarán, sin duda, de Irma.

Esa Irma era yo, que tenía allí amigas deliciosas y amigos obedientes a mis menores deseos.

Gastón mismo me prodigaba sus homenajes cada vez que estaba libre. Y yo iba ahorrando el dinero que ganaba.

Después, un bello día en que festejábamos gentilmente la Sainte Cathrerine, en el gran salón de Madame de Montreaut, y que yo me había colocado el bonito gorro que me había sido colocado por mis encantadoras compañeras de juegos, penetró un diplomático ruso, que me visitaba con frecuencia.

Aquel día me encontró más de su gusto que nunca.

Me lo probó galantemente.

Yo me daba buena maña para fingir los goces del amor...

Y como yo saliera de su abrazo lo confusa y enrojecida que es debido, me dijo:

—Mi querida Irma. Estoy enamorado de usted. La quiero, no de capricho, sino de amor. Voy siendo muy rico. ¿Quiere usted ser mi mujer?

Le debió parecer que reflexionaba, porque añadió:

—¡Sería el más feliz de los hombres!

Entonces, como yo tengo el fondo muy bueno, y mi natural me lleva a no hacer mal a nadie, con objeto de hacer a aquel hombre dichoso, dije que sí.

Y, al día siguiente, después de una buena noche de amor con Gastón, dejé con pena la casa de Madame de Montreaut, donde había sido tanto tiempo feliz.

Ocho días después, me reconciliaba con mis padres, alegres de verme en el buen camino, y dos meses más tarde ya no era Cornelia, ni Nelly, ni Irma, sino que estaba casada lo más regularmente posible y convertido en Madame Farneze.

Madame Farneze no tiene aventuras que contaros.



Las pequeñas satisfacciones que me permito conceder a mi galopín de sobrino, ni tienen importancia, ni merecen más amplios detalles.

Además, sería sacar al sol los trapos sucios de la casa, cosa que yo no osaré hacer en los días de mi vida.

